

19609
E861.4

Nº 11843 no 3
E861.4

UNIVERSIDAD DE CUENCA

Presencia de la Poesía Cuencana

868.498 86611

1

Remigio Crespo Toral

Selección y Nota de Rigoberto Cordero y León

"ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA"

—:O:—

1952

inf 510 Cans

La Redacción de "Anales de la Universidad de Cuenca", en su sincero afán por difundir la poesía cuencana, ha resuelto publicar los Cuadernos cuyo primer número aparece hoy. En posteriores entregas irá dando a conocer selecciones de la Obra de quienes han hecho perennidad del verso desde nuestra tierra. Con ello cree contribuir a la cultura y al conocimiento de los más altos y profundos valores del espíritu.

REMIGIO CRESPO TORAL

Este Señor del Verso es una cumbre... Ante su poesía perfecta de toda perfección, el alma, no obstante ser llama de eternidad, tiembla con extraño temblor pensando que quizá sean de mayor perennidad estas obras maestras trabajadas en el metal sonoro o en el mármol encontrado en la sagrada entraña de la tierra...

Clásico, en la doble y nobilísima acepción concedida al término en nuestros días. Por la forma perfecta, por el supremo equilibrio que es sólo manifestación visible de la alta serenidad de las constelaciones, por ese como guardarse del pensamiento en ámbito de exactas proporciones, por ese como encerrar del sentir en la palabra cierta y, sin embargo, capaz de toda posibilidad de inefables encuentros por la imaginación soñadora y creadora... Clásico también por la perennidad, por la permanencia constante en todo tiempo,

por ese destino destructor de las fronteras en el suceder de los días que es propio y característico de toda obra maestra...

Cumbre de serenidad, pero no cumbre sin pasión... Como toda altura, visitado de las nieblas que llegan como mensaje divagatorio de los astros, receptor de los grandes frios que sopla la inmensidad, pero también besado la frente por todos los soles y sintiendo en su entraña ese fuego infinito que es amor en Arte y religión en Belleza... Porque, no obstante esta serenidad serenísima de la forma, Remigio Crespo Toral identifica una sagrada pasión, esa misma pasión que sienten todas las almas escogidas para sembrar y florecer eternidad, pero con la sabiduría de haber sabido traducirlo todo, fuego y nieve, égloga y desastre, nacimiento y cataclismo, a la forma destinada a ser y permanecer, es decir, a verdadera arquitectura que no habrá de destruir ningún ábrego ni será tocada de ninguna tempestad...

Maestro, con razón que sobra llamado el Patriarca de las Letras Cuencanas... Su patriarcado es generoso y amplio, no solamente entendiendo divinamente la Belleza y dándola a gustar a los demás en sus creaciones eternas, sino oficiando de camino para las ajenas inquietudes, siendo conductor más que crítico, luz más que comentarista, amoroso consejero más que celoso vigilante de nuestra vida en pensamiento...

Este Señor del Verso es un milagro de belleza... Un milagro en el que han tomado no poca parte el

paisaje morlaco circundante y el alma clara y diáfana de sus gentes... Pero, mucho más, un milagro de sí mismo, un alumbrar propio del alma, un temblor de esas interioridades o Moradas que toda Mística y toda Estética tratan encontrar y definir...

Nobilísima altura, Remigio Crespo Toral se levanta sobre el tiempo desafiando las inclemencias de las constantes variaciones y riéndose sonoramente —como lo hacía en vida transitoria— de las llamadas escuelas, pues él sabe que la Belleza es una sola y santa escuela de eternidad...

RIGOBERTO CORDERO Y LEON.

CORCELES Y CONDORES

del páramo cruzando la soledad profunda,
Obscuras las melenas, la faz meditabunda,
avanzan... Son los tristes esclavos de la raza,
que sin yelmo ni espada, mosquete ni coraza,
van a morir, bañando con sangre de sus venas,
la tierra en que nacieron, la madre de sus penas.

Los Shiris. ¡Son los Shiris de la gallarda Quito,
que en las gigantes cumbres del páramo infinito,
de masas inconscientes en apretadas olas,
aguardan, pues ya llegan las huestes españolas!
Las españolas huestes, de rubias crenchas de oro,
a desposeer al indio vienen, de su tesoro:
la tierra donde duermen felices sus mayores,
la tierra do no existen ni esclavos ni señores.*

Cotopaxí el desierto llenó con alaridos:
son ellos los gemidos, estériles gemidos,
con que la indiana tierra, de su infeliz estrella,
contra los sordos cielos, rugiendo, se querella.

*
* *
*

Sobre la cuesta lucen como fulgor de soles:
los yelmos, las corazas, los tercios españoles.
Cual aves de colores, coronan las cimeras
los cascos que circundan gallardas las testeras.
Las huestes no se arrastran, con vacilante paso.
Corren, vuelan, hollando doquier el campo raso,
encima de unos monstruos, que, en arrogante vuelo,
bajo sus plantas sienten huir tremante el suelo.

¿Es la invencible tropa de los eternos dioses
que de lo alto descienden terribles y veloces,
derramando en el suelo la luz de sus enojos,
con el rayo iracundo de sus azules ojos?
Ya lo dijeron antes los tristes agoreros:
vendrán desde muy lejos los domadores fieros,
como la nieve blancos, con rojas cabelleras,
para usurpar del Inca las libres cordilleras.

Pero, luchar se debe por la tierra, —la tierra
que germen, luz y encanto de la existencia encierra.
La indiana tropa empuja sus apretadas olas;
y aguardan impasibles las huestes españolas.
¡Lucha tenaz y estéril! El arcabuz la muerte
arroja con el plomo sobre una turba inerte,
que rueda en los repechos del páramo sombrío,
enviando al sol en vano su ingente vocerío.
Abre el acero surcos en la sangrienta masa,
y el corcel relinchando sobre los muertos pasa;
ensangrentadas lanzas sustentan la bandera,
el sol en vano en lo alto del firmamento impera:
cual lámpara mortuoria sobre sus hijos brilla,
y en mustia lumbre baña la cruz, la de Castilla.

¡Victoria! Cotopaxí, con alarido inmenso,
gime; a lo lejos tiende la noche un velo denso,
que en ondas de ceniza, cual fúnebre sudario,
cubre la horrenda escena del campo solitario.
Los vencedores cantan la preza de su victoria!
¡Gloria a su grande arrojo y a sus hazañas gloria!
Y pues la noche cierra y el sueño los enerva,
cansados se recuestan encima de la yerba,
mientras atalayando a sus señores, fieles,
velan bravos mastines y aligeros corceles.

*
* *
*

Mas, cuando de un silencio como de horror y duelo
se extiende el ala negra desde el remoto cielo,
innumerable turba de pájaros gigantes
llega, poblando el aire con gritos resonantes.
Son los cóndores regios, los cóndores andinos,
terribles vengadores, espíritus divinos,
que bajan de los picos del páramo nevados:
¡de la vencida patria los últimos soldados!

Los cóndores se lanzan con invencible saña,
y a los corceles retan, en singular hazaña.
Relincha el noble bruto, cuando las alas siente
que, látigo de acero, destróza la frente.
Loco se arroja, a impulso de fervida carrera.
En su cabeza el cóndor se eleva cual cimera;
y al estridente grito de olímpicos enojos,
rasga al corcel el cuello, y arráncale los ojos.
¡Lucha final que turba del vencedor el sueño!
El lebreli tiembla y busca la sombra de su dueño,
y algo oscuro y sombrío sobre las nubes flota:
es la postrera etapa de la última derrota!

Es la venganza estéril de la salvaje tierra
contra el que trajo el yugo tremendo de la guerra.
La libertad que venga la esclavitud de un mundo,
que antes de ser esclavo, rebélase iracundo
contra la servidumbre que largamente empieza:
¡última llamarada que da Naturaleza!

Y el cóndor desde entonces se oculta en la distante
altura, do sacude las alas de gigante:
no baja a las campiñas donde habitar solía,
la libertad gozando con el fulgor del día.
Proscrito de su tierra, la busca con el vuelo,
en la llanura vasta del infinito cielo.

EL CANTO DEL CISNE

(La última Sinfonía de Beethoven)

Discurría al azar, con la locura
de la intensa pasión inspiradora...
¡Qué fiebre del espíritu, qué angustia
al palpar del corazón la nota,
entre el martirio del dolor que lucha
y el espíritu audaz que se desploma,
en la impotencia y languidez que ocultan
su afrenta en el silencio de la sombra!

¡Ay, grande Artista! El ritmo de los mundos
no llega, tantos años, a su oído!
Sólo acierta del alma en lo profundo,
la música interior, el torbellino
del numen solitario; que, convulso,
con sollozos y cantos y rugidos,
del pecho bate los rasgados muros—
de ruiseñores, otro tiempo, nido.

Bajo las pardas brumas del invierno,
en el bosque, en la yerba, en las cabañas,
al soplo helado y gemidor del cierzo,
la nieve esparce sus primeras lágrimas.
¡Reposo de la tierra! Bajo el hielo,
que del mundo el cadáver amortaja,
la tierra duerme inevitable sueño,
el verano guardando en las entrañas.

Nacer para cantar; y la armonía
no escuchar de gentil naturaleza,
sordos al son de acordes y de rimas
del cielo y de la mar y de la tierra:
la ansiedad, el tormento del Artista
que ha quedado sin voz, el arpa muerta,
moribunda la faz, la boca henchida
del estéril clamor de la blasfemia.

Ver cómo el bóreas resonante cruge,
el polvo avienta y desbarata el bosque;
ver la tormenta que incendió la nube
y las espumas de la mar salobre,
que de encaje se viste, y huye, y huye
en la inmensa extensión, ebria de amores
del viento que la agita, blando y dulce,
o arrebatado en fieras convulsiones...

Y no acertar la nota y el lenguaje
de los yertos paisajes; impasible
sentir la majestad, lo eterno y grande;
y no escuchar cómo habla lo sublime.
En vano hincan abejas resonantes
en el cerebro el aguijón: sensible
piérdese el eco en la extensión distante,
como la bruma en la postrera linde...

Horror! El noble Artista, árbol sin savia,
lumbre sin resplandor, ceniza ardiente,
por las sendas, escuálido, se arrastra,
cuando en la aldea la primera nieve
cristaliza los hilos de sus lágrimas;
cual las suyas que al rostro no aparecen,
pues quedaron helando sus entrañas,
en la estación que es nuncio de la muerte.

Pero, de unos pinares a la sombra,
caliente en el hogar chispeando el roble.
El Genio peregrino allí se asoma,
a mendigar sus últimos amores.
¡En esta vez concédanle las Horas
un soplo de armonía, un solo acorde
del viento, del Espiritu una nota
y las blandas caricias de la noche!

Las puertas danle entrada. En el asilo
de blancas musas. Rústicas doncellas
sobre el teclado de marfil, el himno
ensayan del amor. Es la querella
que entre los labios tembladores, nido
de cantos y sonrisas, juguetea
como aura, en flor nutrida de rocío,
como la onda que lame las arenas.

Siéntese despertar con nueva lumbre
de insólita pasión, que oye el Artista,
el encanto del ritmo; al éter sube
do antes las alas desplegara altivas.
Vienen en confusión desde la cumbre,
desde el abismo en tumultuosas rimas,
el murmullo y estruendo con que bullen
la tierra, el cielo, el mar en armonía.

Pálido y triste, como un dios, hermoso
y erguido como estatua que soberbia
aplasta el pedestal, al bello coro
se junta de las cándidas doncellas.
Con sus hermanas el feliz Apolo
de la edad juvenil torna a la fiesta;
y el himno entre sus labios melodioso,
se hincha como el botón en primavera.

Y, en la febril inspiración, sus manos
vuelan sobre el marfil: notas y notas
se atropellan al vértigo del canto;
como en la mar espléndida y sonora,
de los genios del mar entre los brazos,
las olas van siguiendo tras las olas,
llevando hacia los términos lejanos
palpitantes las rimas misteriosas.

Las alas de su espíritu gigantes
se agitan como viento tempestuoso:
y sus ojos de llama, por do sale
luciente el alma a iluminar los ojos,
vense lanzar, como encendido cráter,
de la tormenta y la emoción el lloro:
¡subió al cielo, en olímpicos raudales,
la inspiración, surgiendo desde el fondo!

¡Gloria al triunfo! Renaciendo el Genio
quebrado el pecho en ansiedad ignota,
sintió la plenitud, en su supremo
instante de embriaguez inspiradora.
Pues escuchó los cánticos de nuevo,
oyó por fin la música armoniosa
del poema de tierras y de cielos
de acorde juvenil e intenso idioma.

El silencio después! Cuando rugía
la música interior dentro de su alma,
y los últimos ecos de su lira
aún resuenan en la abierta estancia,
el Artista a la luz de la tranquila
noche, sale a vagar, como con alas,
indiferente al paso de la vida,
a la merced de un dios que le anonada.

Es del ensueño y la emoción demencia,
la embriaguez de un espíritu que pudo
llegar de lo imposible a las riveras,
de otro cielo, otra patria y otros mundos.
¡De hermosa tempestad últimas huellas,
que se van apagando en lo profundo,
con el concorde són de las esferas,
del vacío en los ámbitos oscuros...!

Y, deshechas las cuerdas de la lira,
de su rasgado pecho la locura
del numen matador! La sangre tibia,
flor del poeta, inmaculada púrpura,
rueda en las nieves: palidez divina
del mármol de las tumbas se dibuja
en la serena frente del Artista
al postrer beso de las blancas Musas...

¡Cantar para morir! ¿Qué más es dado
al Genio solitario y peregrino?
¡Y cantando morir! ¿Un dios acaso
hallar podrá, sobre vulgar asilo
sueño más dulce a sus tediosos años,
eco más tierno a sus postreros himnos
y a su laurel más religioso llanto?

LEYENDA DE HERNAN

(Fragmento)

XXXV

Después un tiempo desastroso vino.
Y clamaban las gentes: —¡La sequía!—
De la tierra natal triste destino,
desfallecer al luminar del día.

Sucedían los soles a los soles
y las nubes volaban con el viento,
teñidas de encendidos arboles,
en la llanura azul del firmamento.

Dentro la árida tierra, la simiente,
cuántos meses, dormía, en infecundo
sueño, en vano esperando la corriente
del agua, sangre y plenitud del mundo.

—Mañana, al fin, las lluvias fecundantes
vendrán— fingía en sueños la esperanza.
Y el sol lanzaba su fulgor como antes:
era de un dios terrible la venganza.

De repente, cual tregua a las tenaces
ansias, nos daba lluvia cristalina
y súbita las lágrimas fugaces
de la tardía compasión divina.

Era el martirio horrendo de la tierra
ante sus nuevas esperanzas vanas.
De la lluvia quedaba el són que aterra
del croar de las ranas,

y el pertinaz aullido
de los perros escualidos que, enjuta
la lengua, aventurábanse, perdido
el instinto, sin dueños y sin ruta.

Del bullidor torrente,
sangre escondida entre las secas venas
de un cuerpo sin calor, desfalleciente,
sólo el sudor quedaba en las arenas.

El río perezoso
sus no sentidas línguas en las gramas
ocultaba del légamo fangoso,
bajo del esqueleto de las ramas.

Cuando el fresco rocío de la noche
llegaba cual caricia de la altura,
nevado aire sutil, del tenue broche
rasgaba la envoltura.

Y el único sembrío
que alimentaba el agua aprisionada,
rotas las fibras con un sol de estío,
era despojo inútil de la helada.

Cubiertos de diamantes tembladores
amanecían vegas, pajonales,
bosques y senda: del sol a los fulgores,
el hielo deshacía sus cristales.

Y quedaban después secos, quemados
el retoño y la flor, capullo y yema,
los árboles, los prados,
con el color de la aridez extrema.

¡Y amarillez de muerte! Amarillo era
todo: el campo, las zarzas, el plantío,
amarilla la yerta sementera,
turbias las aguas últimas del río.

En leños y jarales
la brisa daba sepulcral lamento;
como nervios los secos retamales
crugían, al calor y al sol y al viento.

¡Ay cómo en el rincón de la cañada
en soledad la flor languidecía,
soñando desmayada
en una gota del licor del día!

Mostró el hambre implacable
la faz livida y hosca: fué el verdugo
de la tierra y del hombre miserable,
al fin rendidos al horrendo yugo.

No bullían los nidos
cual otro tiempo en la caliente paja:
al ardor de los soles encendidos
trocóse de las aves en mortaja.

Y de hambre se morían
el botón sin rocío, la simiente;
casi exangües, los árboles sentían
no savia, llama en la corteza ardiente.

¡Ay la ovejilla, sin piedad del cielo,
en árido rincón de las montañas,
no acertaba en su duelo
el fruto dar a luz de sus entrañas.

En una soledad, la del olvido,
sobre la brizna de los campos yerta,
dando el postrer balido,
desfallecía, y se inclinaba muerta.

Rebelde a los designios de la Altura,
mugía el toro en el escueto llano;
escarbaba buscando en la hendidura,
el delicioso manantial en vano.

Y se escuchaba el grito horrible y lento
de la vacada errante en el baldío,
la que polvo encontraba por sustento,
y lo pedía con furor sombrío.

Y no hervía de insectos el enjambre,
como antes, en la atmósfera serena.
Su propia cera y miel, con sed, con hambre,
sin flores, devoraba la colmena.

Sin un grano en las eras,
sin un grano en los áridos barbechos,
las pobres golondrinas viajeras
se ocultaban calladas en los techos.

Ya no el alegre bando
de mirlos y gorriones y jilgueros
saludaba cantando
los albores primeros.

El gallo, ese clarín de la mañana,
no lanzaba su canto de alegría.
En la torre la trémula campana
tocaba sólo a muerto y agonía.

A las chozas desiertas,
de ennegrecidas, descompuestas pajas,
con techos derruidos y sin puertas,
donde el viento silbaba por las rajas;

la doméstica bestia, con reclamos,
vanamente acudía
por los ausentes o perdidos amos,
y, al no encontrarlos, a vagar volvía.

Desde el seco arbolado
los pájaros caían, como la hoja
de que en agosto helado
la rama moribunda se despoja.

Y de la tierra la sombría escena
contraste era al fulgor indiferente
de la infinita inmensidad serena,
siempre azul y luciente.

Pues el cielo en perenne primavera
de estrellas como flores,
un jardín de luz era
con nubes y arboles de colores...

El matador aliento del verano
¡cual transformó la hacienda!
Al manantial en vano
nuestro padre trazó segura senda;

que el manantial apenas
como de un vaso el último trasiego,
daba la escasa linfa de sus venas,
y se perdía en los guijarros luego.

La airosa enredadera que subía
con corolas y nidos al tejado,
haz de ramas, sin savia, se extendía
do se engarzaba el nido abandonado.

Y ese haz de cuerdas seco,
con el viento oscilando,
de la ventana en el rasgado hueco,
se estremecía, al parecer llorando.

Ante la pampa mustia,
bajo la hostil esplendidez de lo alto,
abandono sentíamos y angustia
sin medida, en continuo sobresalto.

Era como la muerte de la tierra,
el enojo de Dios no reprimido,
que en nuestro propio suelo nos destierra
y nos hunde en la afrenta del olvido.

En esos largos meses,
al contemplar los campos desolados,
sin hojas y sin hierbas y sin mieses,
orábamos callados.

Y al mirarnos, después, con el espanto
de un invencible duelo,
nuestro idioma era el llanto:
¡única lluvia que nos daba el cielo!

ANOCHECER

Cuando el sol tras el monte se apaga,
y el crepúsculo dice silencio,
y amortajan las nieblas el valle,
del sol para el duelo;

de la tarde en la breve agonía,
cuando gime en las pencas el viento,
como faros, se encienden en lo alto
trémulos luceros.

A la luz de esos astros, velada
por la gasa sutil del ensueño,
otra tierra feliz adivino
de paz y misterio.

Y con rumbo a la patria soñada,
una estrella —mi estrella— a lo lejos,
me parece que alumbra la ansiada
ribera del cielo.

SAN FRANCISCO

Ante el cuadro de Murillo

De Albornia en la ladera,
en grata soledad, ora Francisco—
esa dulce ovejilla del aprisco
del Señor—. Algo pide y algo espera,
cuando ante el crucifijo,
abrazado a sus pies, sobre ellos llora.
Y habla el Señor al Serafín que implora
y languidece en sus ternuras: —¡Hijo,
hijo!— y arranca de la cruz el brazo,
y a Francisco lo extiende y le aprisiona
con amoroso lazo,
y una espina le da de su corona.

Y la pobre ovejuela
del Señor, siente, en ansias sin medida,
desfallecer y sucumbir. La vida
con la emoción se hiela...

Y despierta —¿Por qué, Señor, me estrechas
con solo un brazo, y celos ¡ay de mí!
en mi miseria enciendes?
Y el Señor, disparándole las flechas
de su mirada, dicele: —Te di
un solo brazo, por mi amor. ¿No entiendes?
El otro queda a padecer por ti.

SALOMON

Oros, púrpuras, linos, el mármol, el granito,
sándalo, cinamomo, cedro, laurel, encina;
rubí, perlas, zafiro: todo a su diestra vino,
para el Templo do impera la majestad divina.

Gloria al rey, gloria al sabio, gloria a su alto destino,
ante él de la materia la pesantez se inclina;
para su ciencia nunca cerrado hubo camino;
ya reposa en la cumbre su mente peregrina.

Y el rey goza el encanto de sus fiestas nupciales,
cuando alondras anuncian la nueva primavera,
la de rubios racimos y de áureos panales.

Pero, del alma siente la dignidad primera,
y ve cual se deshace la esplendidez: de modo
que halla infinita, inmensa la vanidad de todo.

PROMETEO

Desde el trono de mártir de su roca,
adusto como un rey maldice al hado:
su clamor ruge de león airado
entre sangrienta espuma de su boca.

La venganza de Júpiter provoca
que a suplicio inmortal le ha condenado.
Tan grande como un Dios, no a Dios invoca,
contra el tirano eterno rebelado.

Un buitre las entrañas le devora...
No importa! que él se abraza a su delito
y al déspota del cielo nada implora.

Y cuando de su pena que no llora
lanza el grito, el Olimpo en su infinito
reposo, tiembla al gigantesco grito...

ESQUILO

Titán de la sombra rugiendo en la escena,
aun finge grandezas y fiero batalla,
maldice a los dioses rebelde a la pena;
y el Coro en clamores y quejas estalla.

Un dios del Gigante la furia avasalla,
al yugo invencible su cuello encadena;
y el Genio sin fuerzas humillase y calla,
y el Coro con llantos y lágrimas truena.

¡Imagen del hombre, tremendo poema!
A Júpiter roba sus rayos el hombre,
y Jove le aplasta. Pero tú al vencido

redimes, poeta del fiero anatema;
y vive perpetuo tu nombre, ese nombre
más grande que el mundo, que el mar y el olvido. . .

PLATÓN

Grecia, ciudad eterna, guarda la llave
del Templo de las Gracias; ella en la escoria
de las muertas edades, se alza, en la grave
columna; y por la Grecia vive la Gloria.

Su arte avanza en los siglos, gallarda nave;
y mientras en los siglos haya memoria,
vivirán de la estatua la curva suave
y el ritmo que los ecos llena y la historia.

Pero, más que los héroes y sus hazañas,
más que el canto y la gracia, compás de esferas,
música de las almas, rítmico acento,

de todas las naciones en las entrañas,
tendrá, todos los años, sus primaveras
la lira omnipotente del pensamiento.

MIGUEL ANGEL

En bronce y mármol, con sombra y colores,
en la piedra abrupta y en el lienzo terso,
con alma que trajo de mundos mejores,
soñó un universo, creó un universo.

Por altos anhelos, por grandes amores,
en tierras y cielos su numen disperso,
de raza y de sangre de conquistadores,
fué el rey de la línea y el numen del verso.

Vasto como un orbe, fuerte como imperio,
creó un mundo: estatuas, cuadros y palacios;
y, creyente y siervo de su fanatismo

del Arte, de todo sorprendió el misterio:
aia que ha cruzado todos los espacios,
ojo que ha sondeado todos los abismos.

LAMARTINE

¿Cuáles como esos trinos y sonos
del bardo enfermo, del cisne herido,
que tañe el arpa de las canciones
de ángel proscrito o ángel caído?

Mientras extienda sus pabellones
el firmamento de azul vestido,
siempre que sientan los corazones
y quede un alma y haya un latido;

en nuestras dichas, cuitas y duelos,
poeta ungido para grandeza
dirá el secreto de los amores.

Y hasta que tengan lumbré los cielos,
hasta que tengas nombre, Belleza,
él, será el verbo de tus cantores.

COLON

El Creador el mundo dividió en continentes
el uno abierto y vasto, diólo a todas las gentes.
El otro guardó en cerco de tenebrosos mares,
para una estación nueva, para nuevos hogares.

En aquél puso todas las humanas simientes:
artes, armas y ciencias; y en el otro inocentes,
reservó con la lumbre de hermosos luminares,
virgenes tierras para los futuros altares.

A este ignorado mundo, el Señor darle quiso
las flores y los frutos del muerto paraíso,
en que con Dios el Genio compartiese el imperio:

descubridor el Genio, padre de un hemisferio,
sobre mares y tierras de sin igual grandeza,
levantó, humana cumbre, su olímpica cabeza.

WAGNER

La música, ese idioma de férvidos acentos
llena cielos y mundos; en ella halló cabida
todo el hervor de aquellos primeros elementos
de la materia inerte por Dios estremecida:

acordes de los ecos y ritmos de los vientos,
lengua sonora y vasta del mundo y de la vida,
cifra, copia y esencia de ocultos sentimientos,
las ansias sin lenguaje, las cosas sin medida.

Ya ha encontrado el poeta la senda de armonía
a do confluyen todas las sendas y las rutas.
¡Oh poetas, sigamos su triunfal destino!

Es la marcha que emprende la nueva poesía,
la que surgió en el norte de las parleras grutas,
y hoy es único verbo y espíritu divino.

BEETHOVEN

Cifra y alma de todo, la armonía
junta la variedad del Universo:
ritmo en el són, en la palabra verso
y en el murido otro mundo: ¡poesía!

A lo incógnito va la fantasía:
ora a la sombra, ora al espacio terso
del cielo; lo uniforme y lo diverso,
la vida en explosión: ¡la sinfonía!

El acorde interior que de los astros
trae cadencias y sutiles rastros
de ensueño; en nota y rima indefinible;

es toda la sutil naturaleza,
y para plenitud de la belleza,
casi la realidad de lo imposible.

IBSEN

Blancura de las cumbres, blancor de nieves,
qué majestad de aquellas serenas moles,
que a los cielos levantan columnas breves,
que el capitel ocultan entre arboles.

¡Oh mente gigantesca, cómo te atreves
a buscar tras las nubes astros y soles,
cuando sabes y entiendes que son tan leves
los cimientos do se alzan aquellas moles!

Aunque más te levantas, por las entrañas,
ascender sientes súbitas llamas de infierno,
que brotan de lo negro, de lo profundo,

como esas engañosas, blancas montañas,
que de hielo vestidas el fuego eterno
vomitan, para incendio de todo el mundo.